



# LA EDAD PARA COMENZAR EL BACHILLERATO

EUGENIO FRUTOS CORTES

La legislación vigente señala como edad para poder efectuar el examen de ingreso en los Centros de Enseñanza Media la de diez años, cumplidos dentro del año natural en que dichas pruebas se efectúen, sea en la convocatoria de junio o en la de septiembre. Esto significa que se puede acceder a la Enseñanza Media antes de haber cumplido los diez años, y que, sin pérdida de curso y aprobando el examen de Estado de primera intención, se puede alcanzar el grado de Bachiller antes de haber cumplido los diecisiete años o, en los casos más corrientes, poco después de haberlos cumplido.

Durante algún tiempo, y a pesar de la autorización legal, no todos los escolares comenzaban tan tempranamente sus estudios de grado medio; se esperaba a que cumpliesen once y aún doce años. Pero ahora el alumno cuyos padres no se apresuraron a que ingrese a los diez años constituye una rara excepción. Los padres estiman que, dada la duración del bachillerato y de los estudios universitarios a que aquél encamina, no hay más remedio que comenzar a la edad mínima, pues en otro caso la terminación de la carrera llega demasiado tarde para situarse en la vida, dada la prolongación que prácticamente suponen el cumplimiento de los deberes militares y la preparación de unas oposiciones, especialización, etc... Esta consideración utilitaria ha prevalecido sobre todas las demás. Pero pedagógicamente no puede tomarse en consideración. Es preciso saber si esa edad es adecuada para iniciar unos estudios de grado medio, dadas las materias que se exigen y el nivel mental de los niños a esa edad. Habrá, pues, que tener en cuenta estos dos aspectos para lograr una conclusión bien fundada.

Si consideramos los resultados de la psicología infantil y de la psicopedagogía, para establecer sobre base suficiente la madurez de un niño de diez años, nos encontramos con lo siguiente:

a) Por un lado, la psicología infantil nos pone de manifiesto que en esa edad el niño está en el tránsito de la explicación mítica a la explicación racional de los fenómenos naturales. Piaget es-

cribe a este propósito: "En fin, hacia los nueve o diez años aparece un cuarto período o período del artificialismo immanente. Este período pertenece al tercero de los tres estadios que hemos distinguido en los capítulos precedentes (en los casos que las explicaciones dadas sobre un fenómeno se dejan clasificar en tres estadios), es decir, al estadio en el cual la idea de que la naturaleza ha sido fabricada por el hombre desaparece por completo. Pero, como lo hemos subrayado ya varias veces a propósito del detalle de las explicaciones infantiles, el artificialismo no se eclipsa sino bajo su forma humana o teológica, para ser simplemente transferido a la misma naturaleza. Dicho de otra manera, la naturaleza es heredera del hombre y fábrica a la manera del obrero o del artista. Los hechos —recuérdese— son los siguientes: Es, en primer lugar, el finalismo que sobrevive con tenacidad al artificialismo de los últimos estadios. Así el sol, incluso cuando es concebido como enteramente independiente de la fabricación humana, se sigue suponiendo "hecho para" calentarnos, para iluminarnos, etc. Las nubes, incluso debidas a una evaporación natural, continúan siendo "hechas para" traernos la lluvia, etc. Toda la naturaleza continúa penetrada de fines. En segundo lugar, aparece la idea de una generación del cuerpo comparable a una especie de nacimiento: las estrellas salen del sol para volver a entrar a veces en él, los relámpagos se condensan en astros o salen de los astros, etc. Finalmente, aparece la idea de fuerza sustancial, es decir, de actividad espontánea prestada propiamente a cada cosa. El verbo hacer, que emplea el niño constantemente, es a este respecto muy significativo. Así, la naturaleza se hace depositaria del artificialismo de los últimos estadios."

("La Représentation Lu Monde chez l'enfant". *Presses Universitaires de France*. Paris, 1947; página 397.)

Para darnos una idea más exacta de esta enseñanza podemos referir los diálogos mantenidos con los niños en la etapa experimental que conduce a estas conclusiones. Así, por ejemplo, he aquí las preguntas y respuestas sobre el sol a un niño de nueve años: "¿El sol hace lo que quiere? —Sí. —¿Puede ir más deprisa si quiere? —Sí. —¿Puede pararse? —No. —¿Por qué? —Porque debe brillar un poco de tiempo. —¿Por qué? —Para calentarnos." (*Ibidem*, pág. 224).

En otro plano de cuestiones, un niño de nueve años no entiende bien la pregunta de tipo histórico sobre el comienzo de Suiza, confundiendo

EUGENIO FRUTOS CORTÉS. Es catedrático de Fundamentos de Filosofía de la Universidad de Zaragoza y miembro de la Delegación de Educación Nacional de la misma capital. Autor de diversos libros y numerosos artículos de crítica filosófica y literaria, ha traducido importantes textos de Filosofía contemporánea y publicado poemas originales en diversas revistas españolas.

sus orígenes con los de la humanidad general. El diálogo se desarrolla como sigue: "¿Cómo ha comenzado Suiza? —Han venido gentes. —¿De dónde? —No lo sé. Había burbujas en el agua, un gusanito debajo, después ha engordado, ha salido del agua, se ha alimentado, le han nacido brazos, tenía dientes, pies, una cabeza, se ha convertido en un niño. —¿De dónde venía la burbuja? —Del agua. El gusano salía del agua. La burbuja se ha deshecho. El gusano ha salido. —¿Qué es lo que había en el fondo del agua? —Ella (la burbuja) ha salido de la tierra. —¿Y qué se ha hecho del niño? Ha crecido, ha hecho hijos. Cuando ha muerto, los hijos han tenido hijos. Después ocurre que han venido franceses, alemanes, saboyanos..." (*Ibidem*, pág. 390).

Este es el resultado que ofrecen las investigaciones experimentales en la psicología infantil. Aunque estos niños son algo menores que los que hacen el examen de ingreso, su situación mental no ha sido enteramente superada. Se comprende fácilmente lo difícil que es que estos niños entiendan racionalmente las materias sobre naturaleza o historia que figuran en los programas de primer curso de Bachillerato.

b) Por lo que respecta a la psicopedagogía, podemos considerar los *tests* de Terman, en su adaptación española, para un niño de diez años. Se le pide primero definiciones de palabras, diciéndole simplemente que diga lo que significan; se le da una lista de treinta palabras, y se le va preguntando lo que significan una por una, animándole a contestar si vacila. Se leen, después, cinco frases absurdas, advirtiéndole previamente y preguntándole después dónde está el absurdo. La prueba es positiva si se perciben cuatro de los cinco absurdos.

La tercera prueba consiste en mostrarle al niño dos dibujos, que debe luego reproducir de memoria. El resultado es positivo si se reproduce uno y otro medio correctamente; la reproducción correcta supone la reproducción de la parte principal del dibujo.

En la prueba cuarta, se le da al niño un pequeño relato (la noticia de un incendio dada en un periódico). Se le pide que lo lea y después que reproduzca lo leído. La prueba es positiva con dos errores, como máximo, en la lectura, y con la reproducción de ocho puntos en el recuerdo; no se trata de reproducciones literales. El alcance de esta prueba puede ser tenido en cuenta para valorar la lectura de un párrafo en un examen de ingreso hecho por un niño de diez años.

La quinta prueba lo es de comprensión; se le hacen al niño tres preguntas, que se pueden repetir sin variar de forma. Dos, de las tres, deben ser contestadas satisfactoriamente.

La sexta prueba consiste en hacer decir al niño sesenta palabras en tres minutos; puede decir cualquier palabra que se le ocurra. Hay que excluir las repeticiones, y la prueba es positiva si el niño repite sesenta palabras en tres minutos.

Se añaden tres pruebas suplementarias: La primera consiste en repetir dos series de seis cifras cada una, siendo positiva si se repite correctamente una de las dos series, después de una sola lectura; la segunda prueba suplementaria con-

siste en leerle al niño frases de veinte a veintidós sílabas, debiendo repetir bien, o con sólo una falta cada una, dos de las tres frases leídas; la tercera prueba suplementaria se realiza sobre un rompecabezas, que debe resolverse en tres ensayos de cinco minutos de duración total.

Este conjunto de prueba podría ser incorporado al examen de ingreso; si no todas, parte de las pruebas, ya que sólo figura la lectura. Por sí mismas no dicen nada contra la capacidad del sujeto para iniciar los estudios del Bachillerato, siempre que los cuestionarios del primer curso se adapten a la madurez mental cuyo nivel miden. Como puede apreciarse, este nivel es todavía limitado. Se hace preciso tomar ahora en consideración las exigencias del examen de ingreso y los cuestionarios del primer curso dentro del actual plan de estudios.

Es fácil comprobar que dentro del nivel mental señalado, es posible que los escolares superen con éxito el examen de ingreso, siempre que no se les exija una lectura y un ejercicio de dictado absolutamente correcto, pues esto lo conseguirán muy pocos, y siempre que las preguntas sobre las cuestiones físicas sean muy sencillas y comprensibles para el niño. Fácil es advertir también que estas limitaciones suponen un inconveniente bastante serio para comenzar unos estudios en donde cada día deben leerse varias lecciones, sin que la lectura haya llegado a ser totalmente dominada por muchos escolares.

Pero el inconveniente es todavía más grave si se tienen en cuenta las materias estudiadas en el primer curso del Bachillerato. Los cuestionarios mismos no ofrecen, en principio, dificultades mayores, si los textos y programas se adaptan a la mentalidad infantil, cosa no siempre fácil para el no especialista, y mucho más difícil sin una preparación pedagógica adecuada, que no se adquiere con los simples estudios facultativos. Por eso nos referimos a los cuestionarios de ámbito nacional, y no a los programas y textos particulares. Repetimos que los cuestionarios mismos piden sólo cuestiones elementales, aunque algunos conceptos sean difíciles para un alumno de diez años. Los temas de Religión sobre la naturaleza divina o los temas de Gramática sobre el sistema de perfecto o el concepto del verbo deponente, así como el enunciado de temas como "la *facies* física de la tierra", en Geografía, pueden presentar dificultades esenciales de desarrollo; pero, en general, los temas pueden ser desarrollados de un modo asequible para el alumno de esa edad.

Mucha mayor dificultad presenta el número de disciplinas incluidas en el primer curso. Son éstas la Religión, Lengua latina, Lengua española, Lengua francesa, Geografía e Historia, Matemáticas, Ciencias cosmológicas y los cursos complementarios de educación física y política, dibujo y música. Dado el número de horas que hay que consagrar a todas estas materias, los alumnos tendrán cuatro horas de clase diarias, por término medio. Pueden efectuarse las pruebas psicológicas de atención de un niño de diez años, y se comprobará que de ninguna manera la concentración de su atención puede resistir este número de horas diarias de clase. Añadamos que se ne-

cesitan unas cuatro horas de estudio para preparar las materias del día siguiente, y que, a veces, dada la lentitud en la lectura, para que el niño se entere de lo que lee, y de la escritura para que ésta sea correcta, si ha de hacer *deberes*, el número de horas fácilmente puede extenderse. Si se tiene en cuenta el número de horas de sueño que un niño necesita a esa edad, normalmente, y las horas de comida, se tendrá que el tiempo de juego, absolutamente imprescindible, no aparece, y que, así, salvo para niños excepcionalmente dotados, el estudio se convierte en una tortura, si se pretende cumplir perfectamente, o bien se origina un total desinterés del alumno como defensa vital necesaria.

La gravedad de la situación persiste en los cursos siguientes, pues un alumno de quinto curso, por ejemplo, podría cursar muy bien el tercero, pero encuentra fuera de su alcance muchas de las cuestiones tratadas en el quinto curso, correspondiente a sus quince años.

Frente a estas dificultades pueden adoptarse, a mi modo de ver, tres posibilidades de solución, a saber:

1.ª Mantener la edad de ingreso adaptando las materias de estudio al nivel mental de un niño de esa edad; pero en este caso los dos primeros cursos serán una simple prolongación de la primera enseñanza. Desde luego, habría que disminuir el número de materias.

2.ª Mantener los cuestionarios actuales, aunque disminuyendo el número de materias, y retrasar el comienzo del Bachillerato a la edad de doce años, incluso reduciendo su duración, si era preciso, a seis cursos. El examen de ingreso, en este caso, podría tener un nivel más alto; y

3.ª Comenzar a los once años, con las variaciones adecuadas a esta edad.

El comienzo dos años más tarde no supone un retraso tan grande como a primera vista parece, desde el punto de vista práctico, pues las materias son mejor estudiadas y entendidas, se llega con mejor preparación a la Universidad, evitando el infantilismo actual, y se hacen con más aprovechamiento los estudios facultativos. Probablemente la dificultad para superar la prueba del Examen de Estado, aun dentro de la imperfecta forma en que se hace, no se daría en alumnos que tuvieran uno o dos años más. Del mismo modo, la orientación y colocación después de los estudios universitarios se encontraría facilitada. Hemos visto muchos casos en que el alumno comenzaba a darse perfecta cuenta de lo estudiado justamente cuando terminaba su carrera.

Creo que lo dicho alega razones bastantes para que se tome en cuenta y se piense en modificar la edad que señala la legislación vigente para el comienzo de los estudios del grado medio, arrojando la impopularidad que pudiera tener, bien si se estructura una nueva ley, o bien modificando, en este punto, la actual, si ha de seguir vigente.

## ASPECTO SOCIAL DE LA LECTURA

JOSE ANTONIO P.-RIOJA

*Pretendemos recoger en este artículo algunas observaciones sobre la lectura en el aspecto social, es decir, en su relación con diversos tipos de individuos. Apenas si vamos a detenernos en el libro o en la lectura considerados en sí mismos. El libro, desde nuestro punto de vista, se nos aparece como un problema y como un reactivo. Este*

*enfoque previo nos lleva luego a considerar la lectura —influida por diversos factores— en su función social. Se nos plantea, asimismo, la cuestión de si se lee bien, fijando nuestra atención, lógicamente, en la necesidad social de un arte de leer y de una higiene mental de cuanto se lea.*

*Por último, concebimos la biblioteca de nuestros días como un magnífico laboratorio de experiencias psicológicas a la vez que un centro de atracción y orientación de lecturas.*

• • •

JOSÉ ANTONIO PÉREZ-RIOJA, uno de los más valiosos bibliotecarios de las promociones recientes, dirige la Biblioteca Pública y el Centro Coordinador de Bibliotecas de Soria, forma parte de la Redacción de la revista "Celtiberia", y ha publicado trabajos sobre biblioeconomía y sobre temas históricos sorianos. Es autor también de una Gramática española y de una Historia del humor. El Servicio de Publicaciones del M. E. N. acaba de editar el libro de este autor "1.000 obras para los jóvenes".

En el mundo antiguo y en la Edad Media, el libro no podía sentirse como un problema. Su escasez lo impedía. Pensemos en los pacientes copistas de los monasterios medievales: la copia de un manuscrito suponía meses, incluso años de infatigable trabajo. Recordemos que una nutrida biblioteca del medievo no excedía de 200 ó 300 vo-